

FILMS DE AMOR

El secreto del Doctor



NÚM.
176

25
CTS.

Eugenia Zuffoli - Félix de Pomés

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 787
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 176

El Secreto del Doctor

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la célebre «vedette» española

EUGENIA ZUFFOLI

Producción dialogada en español

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA

Pº GRACIA, 91
BARCELONA



REPARTO

Lillian	.	EUGÉNIA ZUFFOLI
Richard	.	Félix de Pomés
Doctor Brndy	.	Manuel Soto
Hugo Colman	.	Tony D'Algry

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA,



I

Las notas alegres de un "fox" de moda llegaban hasta el jardín, adormecido por la brisa primaveral, que exhalaba un fuerte perfume de flores. En un banco del jardín, una mujer hermosa, bellamente hermosa, de ojos grandes y soñadores se dejaba acariciar por el murmullo arrullador de las frases amorosas del hombre que estaba a su lado. Aquellas palabras dichas con todo el fuego del amor, que el joven ingeniero Hugo Colman, sabía darles, llevaban al corazón de la mujer una dicha nunca sentida y siempre soñada.

Ella era casada, se llamaba Lillian y ni las riquezas y el lujo de que se hallaba rodeada ni la envidia de las demás mujeres, habían podido hacerle olvidar el carácter autoritario, más bien despótico, del hombre con quien la habían casado. Su matrimonio, más que la unión de dos seres era para ella la tortura constan-

te de su alma que su esposo, con cruel inconsciencia hacia cada día más dura. Y a este sufrimiento cotidiano se unía el recuerdo dulce y conmovedor de sus amores de niña con aquel ingeniero, amores que reveses de fortuna no dejaron prosperar, separándolos por algunos años.

En la fiesta de aquella noche, volvían a encontrarse los dos enamorados y sus almas lo mismo que en años atrás, latieron al unísono, se buscaron sus manos, sus cuerpos se juntaron al compás de las notas del baile y sus alientos se confundieron como beso de promesa eterna.

Calló Hugo durante algunos minutos, los precisos para sacar su rica pitillera y ofrecerle un cigarrillo a Lillian que lo rehusó. Dejó escapar de su pecho un profundo suspiro y como si contestara a un pensamiento que la torturaba exclamó:

—Sí, es lo mejor.

Las notas de la orquesta volvieron a llenar el espacio y ella, haciendo ademán de levantarse le dijo tristemente:

—Hugo, nuestro último baile.

—Porque tú loquieres, Lillian—respondió con vehemencia Hugo—. ¡Si me hicieras caso!

—No, por favor—exclamó Lillian, rehuendo débilmente la caricia de Hugo—, no insistas más. ¡Me cuesta tanto decirte siempre que no!...

—¿Pero no me amas?... ¿No dices que yo solo he sido el amor único de tu vida? ¿Por qué, entonces te obstinas en no ser feliz, en que no seamos felices?

Lillian bajó tristemente al cabeza y como un suspiro respondió:

—Tú sabes que aunque mi padre me vendió a mi marido, le debo fidelidad y cumple mi palabra.

—Pero, si él no te quiere, no te ha querido nunca. ¿Qué puede impedir nuestra felicidad?... ¿Acaso no me amas tanto como dices?

—Sí, Hugo. Te amo aún más de lo que tú crees. Demasiado para huir contigo, pero no quiero dificultar tu carrera, no quiero complicarte en el escándalo de un divorcio.

Hugo se la quedó mirando, como si quisiera leer en la profundidad de aquellos ojos que al mirarlo lo acariciaban amorosamente. Un pensamiento de duda cruzó por su mente y con la nobleza que presidía todos sus actos se la expuso diciéndole:

—¿Acaso no me amas lo bastante para arriesgar tu vida desafiando el futuro, sin más base que nuestro amor...

—¿Tú crees eso?—preguntó extrañada ella.
—¿Tú puedes creer eso de mí?

Comprendió Hugo que había tratado injustamente a aquella mujer que era todo amor hacia él y rectificó inmediatamente:

—No lo creo. Te prometo que ya no lo



—Juntos, unidos, así siempre...

creo. Pero es que no puedo soportar la idea de vivir lejos de ti, sabiéndote desgraciada con él. Yo quiero hacerte feliz, dichosa con mi cariño.

—Hugo mío—respondió ella, dejándose acariciar por el hombre amado y poniendo en sus palabras toda la pasión que inundaba su pecho—, yo seré feliz aquí en Londres, pensando en ti, teniendo la seguridad de tu cariño y sobre todo sabiendo que allá, en Egipto trabajas para hacerte un gran hombre.

Se hallaban fuertemente abrazados y Hugo al sentir junto al suyo el cuerpo adorado, besó con frenesi en los labios entreabiertos de ella, y le dijo:

—Juntos, unidos, así siempre... Yo te protegería contra todo y después nos casaríamos.

Lillian dejó prolongar unos segundos aquellos instantes de felicidad y reponiéndose luego, obligó a su semblante a cambiar de expresión y tomando del brazo al amado le dijo:

—Anda, vamos, no vayan a darse cuenta de nuestra ausencia. Hay que sobreponerse, mostrarse sonrientes... Ven baila conmigo... Que me sienta otra vez entre tus brazos...

Y muy juntos, muy unidos en cuerpo y alma los dos enamorados se dirigieron hacia el interior de la casa, donde los invitados, ajenos al drama que sufrían sus corazones se entregaban alegremente a las delicias del baile.

II

Richard Virng, el esposo de Lillian, habíase casado con ella, más que por amor, por un simple orgullo de hombre que desea poseer a la mujer codiciada por muchos. Con toda su inmensa fortuna no había podido comprar el

amor de Lillian. Había comprado su cuerpo, era su dueño, pero sin que en aquella adquisición hubiese participado en nada el corazón de la mujer. Su carácter brusco, de hombre acostumbrado a mandar sin la menor réplica, le hacía incluso grosero en ciertas ocasiones y mucho más cuando se dejaba llevar por los celos, al ver la legión de adoradores que siempre llevaba tras si su esposa.

Durante la fiesta de la noche anterior, Richard había experimentado aquellos mismos celos que tantas veces le torturaban. No eran celos de Hugo, a quien casi no conocía, sino celos de todos cuantos se acercaron a su mujer, aunque sólo fuese para saludarla. Pero hay que tener en cuenta que no eran celos por el amor que sintiera hacia ella: Era un temor parecido al que siente el avaro, cuando sospecha que alguien puede robarle su tesoro.

Durante todo el día siguiente había esperado hablar con Lillian temiendo que los celos que tenía le hiciesen cometer alguno de sus actos incorrectos. Mas al llegar la tarde y al ver entrar a su mujer de la calle, no pudo contenerse y le preguntó:

—¿De dónde vienes?

La había cogido fuertemente de un brazo y Lillian sintió sobre su carne suave la presión de aquella garra, que parecía querer destruirla.

—¡Qué modales más finos tienes, Richard! —le respondió ella.

—Te parecen finos, ¿eh?—exclamó nuevamente él, al creer que ella rehuía la respuesta.

—Claro. Ya lo único que te falta es pegarme—le dijo ella, desafiándolo con la mirada—. Es la única afrenta que todavía no me has hecho.

—Es cierto—respondió él, adoptando un tono despectivo—. Ni siquiera sé cómo no lo he hecho ya varias veces...

—¿Y por qué no lo haces?... Soy una débil mujer y aunque llamara nadie me oiría—le dijo ella.

—Tú una mujer...—exclamó en el mismo tono de desprecio su marido—. Tú no eres una mujer, eres algo inútil y tal vez por eso me he tomado nunca la molestia de pegarte.

La arrojó lejos de él y afortunadamente Lillian fué a caer contra un diván, desde donde le dijo en tono burlón:

—¡Qué fuerte eres, Richard! ¡Voy a tener que quererte por miedo! ¿Y tú por qué me quieras así o por qué me odias?

Richard se encogió de hombros y respondió:

—Odiarte, no. No vales tanto.

Lillian cansada de aquella escena quiso dar fin a ella y le preguntó:

—Bueno, ¿quieres decirme a qué viene esta escena.

—Fuiste tú la que empezaste—respondió él.

—Además lo mismo da qué fuese el uno como



¡Ah, si me llegases a engañar!...

el otro, lo único que no tolero es que te resistas a mí, como si no me perteneses, como cualquier objeto de los que poseo.

—Tal vez—respondió ella—porque a pesar de todo soy una mujer.

Callaron varios segundos y Lillian empezó de nuevo la conversación preguntando a su marido:

—Dime, Richard, ¿cuánto pagaste a papá por mí?

—En dinero contante y sonante, unas cien mil libras—respondió groseramente él.

—¡Ya es un buen precio!—comentó burlonamente Lillian.

—Por menos no me hubieras interesado—le dijo él.

—Es un pensamiento muy tuyo, querido Richard. Sin embargo, hay otras mujeres por las cuales podrías haber tenido el orgullo de pagar más. Algún otro motivo habrás tenido para fijarte en mí.

—Porque quise dominar vuestro orgullo aristocrata. Vuestros rancios abolengos, esa insolencia en vuestra eterna apariencia, esa elegante soltura de ademán entre vosotros... todo eso subió a mi cabeza trastornándome, como el perfume que se desprende de tu cuerpo... Sentí el deseo de una de “vosotras” y por ser tú la que más se había burlado de mí, te elegí entre las demás... Tú aceptaste porque lo deseabas.

—Te equivocas, amigo mío—le confesó ella.
—Fué tu dinero el que me decidió. Ya sabes los apuros de mi casa... de otro modo jamás me hubiera casado contigo.. ¿Supongo que no habrás pretendido creer nunca que lo he hecho por otro motivo?... ¿Y no has pensado tampoco en que podría llegar un día en que me fuese?

Al oír aquello, Richard corrió a donde estaba ella y atenazándola fuertemente por las

muñecas, sin hacer caso del gesto de dolor de Lillian, le dijo:

—¡No lo harás! Estoy seguro de que mientras mi cuenta corriente sea la de hoy no lo harás... ¡Ah, si me llegases a engañar!... Pero no, no lo harás, no te atreverías a hacerlo.

—¿Y si lo hiciese?—respondió ella desafiándolo.

—Si lo hicieses, si manchases mi nombre—respondió él, cada vez más enfurecido—, antes de arrojarte de aquí, tendrías que arrepentirte de haber nacido, porque te haría pedazos entre mis manos!

—Es que si lo hiciese, querido, no me tendrías aquí para deshacerme—respondió Lillian. Y si no tienes mucho interés en despedazarme ahora, haz el favor de soltarme.

Richard dejó a su mujer, mientras que ésta se frotaba las muñecas, en las que aparecían sellados los dedos de su esposo.

III

La escena de aquel día había sido más fuerte que ninguna. Había sido maltratada, no ya solamente de palabras, sino que incluso de obra y nunca como en aquel momento sintió

Lillian la añoranza del otro amor, de aquel amor, única esperanza y consuelo en medio de su vida desolada. Tuvo un momento de rebeldía contra su esposo, un momento en que dejó en pleno dominio a su corazón y tomó el teléfono, para pedir comunicación con Hugo. Al cabo de unos segundos pudo hablar con éste y le dijo:

—¡Hugo, Hugo mío! ¡Soy yo!... Escúchame he cambiado de parecer. Me voy contigo si tú loquieres... ¿Loquieres todavía?... ¿Dices que lo deseas?... ¡Qué feliz soy!

Escuchó unos segundos lo que le decía su amado y volvió a contestarle:

—¿A qué hora dices que nos marcharemos?

—Dentro de media hora—le contestó Hugo.

—Si crees que es demasiado pronto, alteraré mi horario.

—No, bien mío—le contestó decididamente Lillian. Dentro de cinco minutos estaré ahí contigo...

—Pero debes decirle a él—le aconsejó Hugo—lo que haces. Dejarle tus joyas, todo cuanto él te haya comprado y una carta en donde le comunique tu decisión.

—Sí—respondió ella—. Haré todo cuanto me dices. Ahora mismo voy a escribirla.

Dejó el aparato telefónico y se sentó en la mesa del despacho de su esposo, cuyo cajón estaba abierto, por casualidad. Dejó allí todas las joyas que llevaba puestas, se quitó el

anillo de boda y lo incluyó en el sobre donde había depositado la carta dándole cuenta de su decisión y cerró el cajón.

Entretanto, Hugo acababa de hacer su maleta y le decía a la pequeña camarera que le ayudaba:

—Oye Susie, creo que pronto vendrá una señora. Hazla pasar y no dejes entrar a nadie, sea quien sea, hasta que yo llame.

—Bien, señor—respondió la muchachita saliendo de la habitación del ingeniero.

Minutos después aparecía en el cuarto de Hugo, Lillian y éste corrió a estrecharla entre sus brazos.

—Hugo mío!—exclamó ella—. ¿No te arrepientes de que haya venido?

—Es la dicha más grande que podía desear—exclamó Hugo, reteniéndola entre sus brazos—. ¿Me amas, verdad?... ¿Me quieres mucho?—preguntó coquetamente ella, halagada halagada por aquel amor.

—¡Amarte es poco, Lillian!—le respondió él.

—Yo te idolatró... te adoraré la vida eterna.

—¿Te ha sorprendido mi determinación?—preguntó ella inquieta.

—Me ha vuelto loco de alegría, Lillian!—le contestó Hugo, haciéndola sentar junto a él en un sofá.

Ella suspiró tristemente y como si quisiera abandonar un pensamiento que la torturaba exclamó:

—Me paree que abandona su casa. ¡Un año que ha terminado todo entre él y yo!

—¿Y qué es lo que te ha hecho cambiar tan de repente?—le preguntó Hugo.

—No... de repente, no—le confesó Lillian—. Lo deseaba desde hacia mucho tiempo... Pero había algo que me retenía... Era su esposa. ¿Oyes bien lo que digo?... “Era su esposa.” Porque ya no lo soy, porque he terminado para siempre con este hombre.

—Para convertirte en mi esposa—terminó de decir Hugo.

—Esta noche ha estado cruel conmigo, como nunca—siguió decidiéndole Lillian—. Richard ha cheido siempre que no soy más que una mujer excesivamente mundana, supérfua y frívola. Eso es lo que únicamente cree de mí. Para él todos mis sentimientos se reducen al dinero, al lujo y a los caprichos que éste puede proporcionarme... Pero ahora todo ha terminado... Ya no tendré que verle jamás... ¿Verdad?

—Sí, amor mío—le respondió Hugo—. Ya serás mía para siempre. Ha llegado la hora de que nos marchemos. Es preciso que te compres alguna ropa antes de salir de aquí.

Y sin esperar la respuesta de Lillian llamó a la doncella, para encargarle la ropa que creía necesaria Lillian.

Cuando entró la doncella, Lillian sin dejar



—¿Me amas, verdad?

que Hugo le diese la orden de comprar nada se adelantó ella y le dijo:

—El señor la ha llamado para que avise un taxi.

—Espéra—le dijo Hugo reteniéndola—. Será mejor que vaya yo a buscarlo.

Salió dejando solas a las dos mujeres. Bajó los escalones corriendo, saltándolos materialmente. Tal era la alegría que en aquellos momentos inundaba su pecho. Sin ver a nadie, ciego por el amor que había conseguido, lle-

gó a la calle y esperó el paso de un taxi. Vió cruzar uno y se adelantó para detenerlo. En aquel mismo instante un camión que pasaba lo atropelló, cortando en un instante aquella vida tan llena de bellas ilusiones. Un grito de terror se escapó de los pechos de los transeúntes que presenciaron el accidente y de un lujoso automóvil bajó un señor, elegantemente vestido. Era el doctor Brody, que casualmente pasaba por allí. Se acercó a Hugo y al poco rato se levantó diciendo:

—¡Está muerto! ¿Sabe alguien dónde vive?

—Sí, señor—respondió un chiquillo que vendía periódicos. Se llama Colman y vive en esta misma casa.

Entre varios hombres lo condujeron al interior de la casa que había señalado el muchacho y el mismo doctor lo acompañó hasta allí.

IV

Ajenas a lo que había pasado, a aquel accidente que venía a destrozar para siempre la vida de la pobre Lillian, ésta seguía hablando animadamente de Hugo con Susie, hasta que oyó el timbre y exclamó:

—¡Ya está de vuelta!

—No debe ser él—respondió la muchacha—. Tiene la llave y nunca llama.

Al poco rato de haber salido, y ver el cuerpo de su señor conducido por varios hombres, entró Susie de nuevo al cuarto donde estaba Lillian, con el espanto consiguiente y exclamando:

—¡Ay, señorita, lo traen en brazos!

—¿Qué traen en brazos a quien?—preguntó extrañada Lillian.

—Al señor Colman—respondió la muchacha—. Lo han llevado al comedor... Dicen que lo ha atropellado un auto...

Lillian exhaló un grito de dolor y fué hacia el comedor, pero antes de que pudiera franquear la puerta del dormitorio apareció el doctor y la obligó a quedarse allí diciéndole:

—¡Pobre señora!... Supongo que...

—Dígame, señor!—exclamó angustiada Lillian.

—Le ha atropellado un camión y está muy mal herido...

—¿Dice usted?...—preguntó Lillian, cada vez más desesperada.

—Digo que le ha atropellado un camión.. y le ha matado—terminó diciendo el doctor.

—¡No, no puede ser!—exclamó Lillian.

—Desgraciadamente es verdad—volvió a decirle el doctor—. Murió en el acto.

—Pero si íbamos a partir ahora mismo para Egipto... Si hace unos minutos éramos tan

felices... ¿Cómo puede ocurrir una desgracia en tan poco tiempo?

El doctor bajó la cabeza conmovido por el dolor que expresaba Lillian y le dijo:

—Siento no poder atenuar esta desgracia, señora. Sin embargo, estoy enteramente a su disposición. Aquí no hay, de momento más que la muchacha, tal vez usted pueda indicarme si tenía parientes a quien pueda telefonear o telegrafiar...

Lillian se levantó rápidamente y exclamó, ante la sorpresa del doctor:

—¡No, no haga usted que venga nadie!

—¿Acaso hay algo que lo impida?... ¿Acaso la señora Colman, no es...

Lillian hizo gesto negativo con la cabeza y el doctor, sin perder su innata seriedad le respondió:

—Le advierto, señora que no pretendo intervenir en asunto que no me concierne, pero he de decirle que alguien de sus parientes debe saber este accidente, de lo contrario el nombre de usted se vería mezclado...

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó extrañada Lillian—. ¿Acaso yo no tengo derecho a estar aquí, al lado del hombre que amo?

—Lo ignoro, señora—respondió el doctor, haciendo ademán de salir—. Usted es la que debe saberlo.

—Perdone usted, doctor—exclamó ella de-

teniéndolo—. No se vaya, por favor, se lo suplico. Dígame ¿qué debo hacer?

El doctor se la quedó mirando un rato y compadecido por la triste situación de aquella mujer, le dijo:

—Si cree usted conveniente para él que se sepa públicamente que estaba usted aquí cuando murió, entonces naturalmente puede usted quedarse, pero si por el contrario usted juzga que la reputación de él puede sufrir... ya que me pide usted mi opinión... la aconsejo que se marche inmediatamente.

—¿Y adónde voy?—exclamó desesperada Lillian.

—De las circunstancias, ya le he dicho que no quiero saber nada—le dijo el doctor—. Sólo le he indicado lo que sería mejor para él. Me doy cuenta, señora de que su caso es infinitamente lastimoso, pero es preciso que le advierta que el tiempo apremia.

Lillian se levantó lentamente, fué recogiendo las prendas que se había quitado al llegar y respondió entre lágrimas.

—Sí, si ya me voy, pero antes de partir permítame que le diga algo, para que no me crea tan culpable.

—No deseo saber nada, señora. En los asuntos que no me interesan personalmente no suelo inmiscuirme nunca.

—Comprendo que las apariencias están todas contra mí... lo comprendo—siguió dicien-

do Lillian. Hizo una pausa y continuó diciéndole al doctor—. ¡Le adoraba, doctor!... ¡Lo adoraba y con toda la alegría de mi alma había destrozado mi vida por él!... ¡Ahora!.. ¿Usted se da cuenta de mi situación?

—No puedo negar, señora—respondió impasible el doctor—, que su situación es dificilísima, pero como no quiero meterme en asuntos ajenos, me atengo a aconsejarle la conveniencia de que salga, lo antes posible... De lo demás nadie más que usted debe buscar la resolución.

Lillian comprendiendo la razón que llevaba aquel hombre, comprendiendo también que el tiempo apremiaba, miró el reloj que había sobre la pared y al convencerse de que todavía no eran las ocho, hora señalada en su casa para la cena, salió de allí, tomó un taxi y se dirigió a casa de su esposo, a aquella casa de donde hacía unos momentos había salido con la alegría de una esperanza y donde volvió con el desconsuelo de un dolor.

V

Al entrar nuevamente en su casa corrió hacia el despacho de su marido para sacar las joyas y la carta que había dejado, pero se encontró con que el cajón había sido cerrado, sin acordarse que ella misma lo había hecho. Quiso forzarlo, pero fué inútil su empeño y al oír pasos que se aproximaban corrió a su cuarto para cambiarse de ropa y esperar el desenlace que adivinaba trágico.

Acababa de salir del despacho cuando entró Richard y se sentó en la mesa, sacó las llaves de los cajones y volviéndose hacia el criado que lo seguía le preguntó:

—¿Tengo tiempo de escribir unas líneas, John?

—Son las ocho menos cinco, señor—. Le advirtió el criado—. Los invitados no deben tardar

—No es más que un instante—respondió Richard—. ¿Ha bajado la señora?

—Creo que no, señor—le contestó el sirviente.

—Está bien, puedes retirarte—terminó diciendo Richard. Acto seguido abrió el cajón de

la mesa donde Lillian había puesto sus joyas y quedó sorprendido al encontrarlas allí, si bien, afortunadamente, no vió la carta en la que iba incluído el anillo de boda.

Estaba con ellas en la mano, contemplándolas, cuando llegaron sus amigos, el matrimonio Reedings. El marido se acercó a él y lo saludó diciéndole:

—¿Qué tal, amigo Richard?... ¿Lady Lillian está bien?

—Bien gracias—respondió Richard—. Bajará dentro de un momento.

—¿Pero qué hace usted con esas alhajas en la mano?—le preguntó extrañado Reedings.

—Es que abrí el cajón de mi mesa para sacar un sobre y en vez del sobre he sacado ésto.

—Pues es usted un prestidigitador admirable—respondió Reedings.

—En efecto—repuso Richard—. Y ahora comprendo por qué no habrá bajado en seguida. Sin duda estará loca buscándolas.

—Y menos mal que ha sido usted el que se las ha encontrado. ¡Porque a lo mejor!...

—No—se apresuró a contestar Richard—estaban perfectamente seguras. Por casualidad debió encontrar ese cajón abierto, como está ahora, y tuvo la previsión de cerrarlo. Como todos esos cajones se cierran automáticamente, resulta que nadie puede abrirlos como no sea yo que tengo la llave.



—¿Pero qué hace usted con esas alhajas en la mano?

En aquel instante interrumpió la conversación la entrada del criado anunciando la llegada del otro convidado, el doctor Brody. Por un capricho del destino, éste iba a poner frente a frente por segunda vez a la infeliz Lillian y al doctor.

Este entró inmediatamente y después de saludar a los caballeros se dirigió a Lady Reedings y le dijo:

—Un verdadero placer, Lady Lillian, en conocerla y en saludarla.

—Esta señora—le explicó Richard—no es mi esposa, es Lady Reeding. Mi esposa bajará dentro de un momento, les ruego que la excusen su tardanza.

—No sea impaciente, Richard—le respondió Lady Reeding.

—Efectivamente, no se impaciente—dijo a su vez el doctor—. Yo también temí llegar tarde.

—¿Algún asunto profesional?—preguntó curiosa Lady Reeding.

—Sí—contestó el doctor—. Un accidente lamentable ocurrido en la calle. Un camión que atropelló a un hombre en el momento que pasaba. Fué una cosa trágica. Yo no lo conocía, pero parece que desempeñaba un alto puesto en la India.. Creo que se llamaba Colman.

—¿Colman... Colman?—exclamó Richard, queriendo hacer memoria—. Nosotros conocimos a un tal Colman... Pero este Colman trabajaba en Egipto.

—Ciento—se apresuró a rectificar el doctor—. Ella dijo a Egipto.

—¿“Ella”?—inquirió más curiosa todavía Lady Reeding.

Richard ya no prestaba atención a las palabras del doctor y llamó al criado diciéndole:

—Haga el favor de avisar a la señora de que están aquí estos señores. ¡Dígale que baje en seguida!

El tono autoritario con que fué dada aquella

orden, reveló en el doctor algo del carácter de Richard. No obstante, no hizo ninguna objeción y continuó su narración, diciendo:

—Sí, en su casa había una mujer.

—¿Era casado, entonces?—preguntó Lady Reeding.

—No, era soltero—respondió el doctor.

Apareció por fin Lillian y su esposo le dijo, con afectada amabilidad que pasó desapercibida para el doctor:

—Estábamos verdaderamente impacientes por tu tardanza, Lillian.

—Les suplico que me perdonen—exclamó Lillian, haciendo un esfuerzo para sonreír.

Richard se había acercado al doctor y le presentó a su esposa. Los dos quedaron mirándose fijamente. Ella queriendo leer en los ojos de él su actitud y él queriendo descifrar en la mirada de ella el misterio que parecía rodearla. Al saberla esposa de su amigo sintió un verdadero dolor y un profundo desprecio hacia aquella mujer.

—Tengo mucho gusto en conocerla—exclamó el doctor estrechando la mano que le ofrecía Lillian.

—No te lo había dicho, Lillian—intervino Richard—, pero el doctor era también nuestro invitado de esta noche.

—Doblemente encantada de conocerlo—repuso Lillian.

La señora Reeding que no podía sustraer la

la curiosidad que en ella había despertado la narración que estaba haciendo el doctor intervino para decirle a Lillian:

—El doctor nos estaba contando una cosa terrible, Lady Lillian. Un hombre atropellado por un camión, un hombre soltero y en cuya casa había una mujer.

—¿Una mujer?—preguntó Lillian, haciendo un esfuerzo para ocultar su zozobra.

—Eso he dicho—exclamó el doctor, mirando fijamente a Lillian que se había acercado al cajón de la mesa, al verlo abierto.

—Sí, pero no quiere terminar de contarnos quién era ella—dijo Lady Reeding, como invocando la protección de Lillian, que le respondió intencionadamente:

—No creo que debemos insistir, si el doctor cree que puede perjudicar a una mujer.

—Sí—contestó el doctor—, pero es una mujer por la que no siento ninguna simpatía.

—Entonces, ¿por qué no lo cuenta usted?—preguntó desafiándole con la mirada Lillian.

—Había olvidado decir—siguió diciendo el doctor—que aquella mujer iba a marcharse con él a Egipto. Ya tenían preparado su equipaje. El había salido en busca de un taxi y en aquel momento fué cuando sobrevino el atropello. Ella se mostró como la más triste de las mujeres, Lady Lillian... Cuando supe que no era su esposa, le tuve aun más lástima.

—Con esa clase de mujeres es inútil tener

sentimentalismos— exclamó despectivamente Richard.

—¿A qué clase de mujeres te refieres, Richard—preguntó intencionadamente—Lillian.

—¿Y cree usted que se trataba realmente de una señora?—preguntó Reeding.

—Antes lo creí.

—¿Y ahora no?—preguntó Lillian.

—Ahora me cuesta trabajo creerlo—respondió el doctor—. Ni le pregunté su nombre, ni quise saber nada de ella. Creí mi deber el decirle que por respeto a él debía marcharse, si no tenía derecho a estar allí. Me preguntaba llorando qué es lo que debía hacer.

—Sobradamente lo sabía—respondió Richard que había acabado por poner atención a aquella narración.

—¿Qué es lo que debía haber hecho, Richard?—preguntó Lillian.

—No todos los hombres los atropella un camión, querida—le contestó su esposo.

—Pero al fin, ¿qué sucedió?—preguntó Lady Reeding.

—Me quedé unos instantes más y luego vine aquí.

—¿Y eso fué todo?—insistió Lady Reeding.

El doctor miró fijamente a Lillian y respondió secamente:

—Todo.

Richard miró su reloj y viendo que había

pasado la hora señalada para la comida, exclamó impaciente:

—Bueno... ¿pero por qué no comemos?

—No hay prisa, Richar—exclamó Reeding.

—Es que no puedo consentir que en mi casa no se lleve orden en todo, es cosa que me crispa los nervios.

A medida que Richard hablaba, el doctor iba adivinando el carácter de su amigo y haciendo interiormente su composición de lugar. Veía que el carácter de Richar era autoritario, casi despótico, a pesar de que hacía esfuerzos por contenerse. Lady Reeding que no se había dado por satisfecha con las palabras del doctor volvió a decirle:

—¿Y no recordaría usted a esa mujer si la volviese a ver?

—La recuerdo perfectamente, como si la estuviese viendo ahora mismo—respondió el doctor mirando a Lillian que no hizo el menor gesto.

—¿Y qué impresión le causó ella?—preguntó otra vez la invitada.

—Verá usted—comenzó diciendo el doctor, pero mirando siempre a Lillian—. Mi primera impresión fué de que se trataba de una señora casada y de que tal vez estaba justificando lo que hacía. Y cuando venía de aquella casa a ésta me figuraba a aquella mujer en la más espantosa desolación.

—¿Y duda usted de que todavía esté atroz-

mente desolada?—preguntó casi indignada Lillian.

—Lo dudo—respondió el doctor—. Pensaba también que solamente le quedaban dos caminos a seguir: irse con otro, o dedicarse a trabajar, para guardar el recuerdo del muerto.

—¿Y no cree usted que le quedaba también otro camino, doctor?—preguntó Lillian.

—Sí, le quedaba el de volver al lado de su marido... Pero nunca la juzgué tan despreciable para que tomase esta decisión.

Lillian aprovechando que el cajón estaba abierto se colocó de espalda a los demás y cañelosamente sacó la carta que había dejado, guardándosela en el pañuelo.

—Pero eso no es posible—exclamó Lady Reeding—, porque en estos casos es casi obligado dejar una carta al esposo comunicándole la partida.

—Y las alhajas también—exclamó intencionadamente el doctor.

Richard se puso inmediatamente serio al oír aquella advertencia del doctor y exclamó dirigiéndose a su esposa:

—¿Por qué te has puesto ahí?

Lillia se retiró inmediatamente y preguntó ingenuamente:

—¿Dónde?

Richard se dejó llevar como siempre de sus celos y exclamó indignado, sin pensar en el

grave insulto que infería a su esposa ante sus invitados.

—Tú estás ahí para ocultar ese cajón.

—¿Ocultar el cajón?... ¿Para qué?

—¿Pero no dice que solamente usted tiene la llave?—le reconvino Reeding.

—Por eso precisamente lo digo—siguió diciendo Richard—. Temo que lo, pueda ella abrir.

—Pues ya ves como tu temor es injustificado—exclamó Lillian—. El cajón está cerrado. Puedes abrirlo.

Reeding intervino reconciliador, diciéndole:

—Yo le suplico que no lo haga, Richard.

—Y yo le exijo que lo abra—exclamó Lillian.

—¿Hay algo tuyo ahí? — le preguntó Richard.

—Sí—respondió fríamente Lillian—. Ahí deben estar mis joyas. Salí de compra esta mañana y no creí prudente llevarlas conmigo.

—Eso es lo que creí en principio...—murmuró Richard.

—¿Y ahora no lo crees? Pues te exijo que abras el cajón, en presencia de estos señores. He adivinado tu pensamiento. Estás ahora pensando de que soy yo la señora que ha visto el doctor.

Este miraba alternativamente a Richard y a Lillian. A medida que transcurría la escena iba afianzándose en él la idea de que ninguna mu-



...y cuando fué a cerrar la cajuela el doctor.

jer podría ser feliz al lado de aquel hombre. Richard, sin hacerse repetir la orden de su esposa abrió el cajón y al no encontrar nada en él se volvió a los demás y exclamó:

—Perdónenme ustedes, he hecho el ridículo.

Un criado entró a anunciar que la cena estaba servida y Richard ofreció su brazo a Lady Reeding. El esposo de ésta siguió a los dos y quedaron los últimos Lillian y el doctor. Esta tomó las joyas de donde las había dejado su esposo y las puso nuevamente en el cajón,

sacó el sobre que había ocultado y lo dejó también en el mismo sitio Pero cuando fué a cerrar la detuvo el doctor.

—¿No dice usted que esa mujer era para usted despreciable?—preguntó Lillian.

—Sí—exclamó el doctor, rompiendo el sobre y entregándole la sortija a Lillia, después de guardarse los trozos de la carta—. Eso era antes de conocer al marido... de lady Lillian... Ahora le ofrezco a usted, "señora" mi brazo.

Lillian tomó el brazo que le ofrecía, mientras que el doctor le decía quedamente:

—Todos los doctores tienen un secreto. Este será el mío... hasta dentro de unos segundos que lo habré olvidado por completo...

F I N

Coleccione usted las célebres ■■■
Ediciones BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacía)

La Máscara de Hierro (3^a edición) Douglas Fairbanks

El Desfile del Amor (6^a edición)
Maurice Chevalier - Jeannette Mac Donald

La intrusa Gloria Swanson

Rasputín Gaidarow

El Capitán de la Guardia (La Marselesa)

Me perteneces Francesco Bertini

La Fierecilla Domada

96 páginas de texto selecio
— Portada a todo color —

Precio del tomo **UNA peseta**
— PEDIDOS A —

Biblioteca Films. - Apartado 707. - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo
emitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.